

rechazo á Soult hacia el Nive, cuyo valle fué durante un mes teatro de continuos combates. Soult, temiendo una derrota, retrocedió, no hacia el Norte, sino hacia el Este, paralelamente á los Pirineos y remontando el Adour, pareciendo como que dejaba abierto á Wéllington el camino de Burdeos. Pero Wéllington no podía aventurarse en las Landas, casi desiertas entonces, dejando á su espalda un ejército que, aunque vencido y menos numeroso que el suyo, no dejaba de ser temible todavía. Además, Soult se acercaba así á Suchet, que se había conservado hasta entonces en Cataluña, encontrando en los diversos afluentes del Adour excelentes líneas de defensa, y después de haber librado numerosos combates en el Joyosa y en el Biduze, se retiró hacia Orthez. Los Ingleses atravesaron el Gave de Pau y dieron en el Norte de Orthez (27 de Febrero) una batalla indecisa, tras de la que los Franceses pudieron replegarse ordenadamente hacia Aire para tomar la línea del Adour. Wéllington estaba sumamente indeciso, no atreviéndose á emprender una persecución enérgica contra los Franceses, y temeroso por su ala izquierda, cuando los realistas de Burdeos, con el alcalde Lynch á su frente, le rogaron que fuese á su ciudad. Ninguna región había sufrido tanto como la de Burdeos á causa del bloqueo continental, que mató por completo la exportación de sus vinos. Wéllington mandó dos de sus divisiones á Burdeos, en donde fueron recibidas con gran aplauso. El ejército francés se vió obligado entonces á retirarse por Tarbes y Saint-Gaudens hacia Tolosa (1). En este punto libró Soult con 30.000 hombres contra 60.000 una encarnizada batalla, última de la guerra, después de la cual se retiró hacia Montpellier (10 de Abril). Pero los aliados habían entrado ya en París y Napoleón se había visto obligado á abdicar.

Al decidirse Napoleón á dirigir sus principales fuerzas hacia el Rhin para amenazar la base de operaciones de los aliados, encargó

(1) Ya en la época del Consulado, Burdeos fué uno de los principales focos de intriga y conspiraciones antibonapartistas. El *Instituto Real* quedó disuelto, pero no destruído. Chodruc-Duclos, que fué más tarde una de las celebridades parisienses, conocido por *el hombre de la larga barba*, formó una asociación, cuyos miembros llevaban el singular apodo de *Balochards*, que tenía por objeto matar en desafío á cuantos oficiales de Napoleón pudiese.

á Mortier y á Marmont, con 18.000 hombres, contener á Blucher, alcanzando en Arcis al ejército de Bohemia, que á su aproximación se declaró en plena retirada. El Czar deseaba reunir los dos ejércitos para marchar hacia París, designando como punto de reunión Cha-



El cardenal Fesch, rodeado del consejo de regencia, lee á María Luisa una memoria sobre la creación de un asilo puesto bajo la protección de la Emperatriz. (Copia de un grabado de la época)

lons ó Vitry, recibiendo Blucher la orden de aproximarse á estas dos plazas, hacia las cuales se dirigió también Schwartzberg por Arcis-sur-Aube, en donde encontró á Napoleón, quien no vaciló en hacer frente con solos 20.000 hombres á un ejército de 100.000. El Emperador tuvo que abandonar la línea del Aube, volviendo al Marne, marchando á Saint-Dizier por Vitry, ordenando á los mariscales Mortier y Marmont que se le reuniesen por Chalons, y al general

Pacthod, que le llevaba desde París un gran parque de artillería, escoltado por 6.000 guardias nacionales, que se dirigiese igualmente á dicha población.

Napoleón contaba también con que Augereau, á quien Suchet había mandado 10.000 soldados veteranos y que debía tener á sus órdenes cerca de 40.000, podría unirse con él ó caer sobre el ala izquierda de los aliados, remontando el Saona y amenazando el paso de Belfort, cosa que hacía ya tiempo había instado vivamente. En vano el Emperador le escribió una carta sumamente viva, en la que le decía: «No tenéis almacenes que guardar; es muy ridículo vuestro proceder. ¿Sois el vencedor de Castiglione?... No se trata de proceder como en la última época, pero precisa calzarse las espuelas y demostrar la energía del 93.» Augereau avanzó sólo hasta Lons-le-Saulnier, en cuyo punto, temiendo que Bubna, que no tenía más fuerzas que las suyas, le cortase las comunicaciones con Lyon, retrocedió hasta esta ciudad (9 de Marzo), tomó posiciones en Limonest, frente á la población, en donde se dejó derrotar (20 de Marzo), y la evacuó, y en vez de dirigirse hacia el Marne, en donde sus 25.000 hombres hubieran sido tan útiles, los esparció por el Ródano, desde Valence á Pont-Saint-Espirit. Hacia ya algunas semanas que estaba en tratos secretos con los aliados. Esta traición no fué la única.

El conde de Artois había entrado en el Franco-Condado detrás de los aliados, y M. de Vitrolles, en París, se había puesto de acuerdo con Talleyrand, Dalberg, sobrino del primado de Alemania, el abate de Pradt y M. Luis, quienes, á pesar de los favores que todos habían obtenido de Napoleón, formaban un grupo de adversarios influyentes y resueltos del sistema imperial, grupo tanto más peligroso cuanto que estaba compuesto de hombres inteligentes y aptos para las intrigas, en la que muy pronto Vitrolles iba á resultar un maestro. Vitrolles, aunque había aceptado del Imperio el cargo de inspector de ganados, prebenda sumamente bien pagada y bastante ridícula, creada para su provecho, se encargó de la comisión de avisarse en secreto con los monarcas aliados en Lorena, para animarles á proseguir la guerra contra Francia, sin conceder ningún armisticio á Napoleón, é interesarles sobre todo á que se declarasen en favor de los Borbones. Aunque la protección á los Borbones era entonces

la menor de las preocupaciones de los jefes de la coalición, no dejaban, sin embargo, de acoger con viva curiosidad todos aquellos datos que podían ilustrarles respecto al estado de ánimo de la capital. Un traidor les dijo que París detestaba más que ellos á su tirano; un segundo emisario, refiere el general Segur, llevó al emperador de Rusia un bastón hueco, con un escrito que contenía las siguientes



Vivaque de los cosacos en los Campos Elíseos de París. (Copia de una acuarela de G. Opiz, en la colección Hennin)

palabras: «Sois omnipotente y no tenéis valor para nada. ¡Atreved de una vez!» Este emisario agregó que los aliados no tenían que hacer más que adelantarse hasta París y que todo estaba dispuesto en su favor. Pero el espíritu patriótico de las provincias del Este contradecía esta afirmación, y los jefes aliados no sabían qué resolver, cuando dos cartas interceptadas en la noche del 23 al 24 de Marzo, una de María Luisa y otra de Savary, ministro de Policía de Napoleón, les confirmaron por completo las noticias de los traidores.

Entonces fué cuando Schwartzemberg, el emperador Alejandro y el rey de Prusia decidieron que los ejércitos de Bohemia y de

Silesia se reuniesen para marchar unidos hacia París (1). Los dos ejércitos se reunieron en Somme puis, y el general Wintzingerode, con sólo 10.000 hombres de caballería y algunos regimientos de infantería, recibió el encargo de vigilar á Napoleón y hacerle creer que había logrado llevarse tras sí el grueso del ejército aliado.

De este modo la traición fué causa de que los extranjeros no hiciesen caso del peligro que podían correr al dejar á Napoleón en aptitud de cortar sus comunicaciones. «Si la traición no les hubiese ayudado, — dice un escritor inglés, Roberto Wilson, — los aliados se hubieran encontrado en un círculo vicioso, del que no hubieran podido salir: consumóse ésta en el momento en que los triunfos de Napoleón parecían sobrepujar el poder de la fortuna, y el movimiento de Saint-Dizier, que debía asegurarle el Imperio, le hizo perder la corona.»

En el momento de emprender la marcha hacia París, los aliados publicaron en Vitry una declaración para tranquilizar á los pueblos, en la que daban á conocer sus planes políticos, estableciendo una separación entre la nación y el Emperador. «Los principios que informaron su conducta, — decían, — desde su primera reunión para la salvación de su independencia, habían logrado por completo su propósito; nada se oponía ahora á que expusiesen las condiciones necesarias para la reconstrucción del edificio social» (25 de Marzo). Cinco días después iban á encontrarse en estado de realizar este cambio.

Los aliados, en efecto, sólo tenían frente á ellos 18 ó 20.000 hombres, mandados por Marmont y Mortier, y aun hubieran encontrado en absoluto libre el camino de París si estos generales hubiesen podido cumplir las órdenes de Napoleón, reuniéndose con él en Chalons. Trataron de efectuarlo por Chateau-Thierry, pero se encontraron á Epernay ocupada por los aliados, por lo que retrocedieron hacia el camino de Montmirail, creyendo que estaba libre, cayendo, por el contrario, en medio del grueso del ejército de la coalición. Replegaronse entonces desde Montmirail hacia la Fère-Champenoise,

(1) Indujeron á Metternich y al emperador Francisco, que habían mostrado siempre deseos de tratar con Napoleón, á que se retirasen hacia Dijón, alegando que no era conveniente que el emperador de Austria asistiese al destronamiento de su hija y de su yerno.

defendiéndose siempre y perdiendo su retaguardia, sin poder siquiera incorporarse la división Pachtod, que se encontraba aislada á unas cuantas leguas á su izquierda, y cuya desesperada resistencia, llamando hacia este punto el grueso del ejército coligado, salvó sin duda á Marmont y Mortier.

Pachtod tenía á sus órdenes un total de 6.000 guardias nacionales, procedentes de las provincias invadidas, que habían dejado voluntariamente á sus familias, y 2.000 soldados. Atacado por la vanguardia de Blucher, logró resistir y hasta adelantó algo por el camino de la Fère-Champenoise, donde esperaba encontrar los dos mariscales. Pero en este momento, cerca de las lagunas de Saint-Gond, fué rodeado por 14.000 hombres de caballería, que habían acudido en socorro de los primeros combatientes. La guardia rusa y prusiana, que estaban frente á Marmont, oyeron los cañonazos de Pachtod, y temiendo que fuese Napoleón en persona, acudieron hacia aquel punto. «Cercada así, en mitad de una llanura, la desgraciada división de Pachtod se detuvo, se formó en cuadros, que se apoyaban mutuamente, colocaron los cañones en los ángulos y calaron las bayonetas. Estos valientes creían completamente perdido al Emperador, veían que la invasión iba á triunfar, pues sabían que detrás de ellos no había ya ningún obstáculo entre los aliados y París. En situación tan desesperada, les arengó su general con estas palabras: «No es posible capitular en campo raso. Las leyes militares, y sobre todo el honor, lo prohíben. Además, cuando la patria perece, ¿quién desea sobrevivir? ¡Juremos, pues, morir por ella!» Y, en seguida, con la espada desenvainada, pronuncia en alta voz este juramento; todos, exaltados por el heroísmo, repitieron con aclamaciones y agitando sus armas este grito de lealtad, eternamente sublime. Cumplieron su palabra. En un principio, inmóviles ante las furiosas cargas de la flor de la caballería aliada, su bien sostenido fuego les rodeó de muertos y de heridos, que cubrieron aquella fatal llanura. En medio de este combate se encontraron dos hermanos, traidor el uno y combatiendo el otro por su patria. El primero, que hasta hacía poco tiempo había sido ayudante de Moreau, se atrevió á intimar á uno de los cuadros que depusiera las armas; su hermano, que mandaba la artillería, le respondió á metrallazos. Disipado el humo, pudo verse